

ESTATUTO Y... PREMIOS

RUEDAN por ahí media docena de anteproyectos de estatutos de Andalucía —del PCE, del PTE, del PSA...— que más o menos coinciden en una serie de puntos importantes. Todos, por ejemplo, definen Andalucía «como región autónoma dentro del Estado español». Nada de país, ni de nacionalidad. Eso es ponerse a tono con la realidad, cosa importante en política, donde lo que no es posible suena a utopía. Por supuesto, se establece una división de poderes a nivel regional: una asamblea legislativa, encarnación de la voluntad del pueblo andaluz; un ejecutivo; un Tribunal Supremo regional de justicia, etc. No hay alusión alguna a Ceuta y Melilla, condenadas, a pesar de su población española, a la marginación. Muy importante: no se señala cuál ha de ser la capital de la región. Se deja para su posterior elección por la asamblea o por los Ayuntamientos. Así se evitan, desde ya, guerras como aquellas que se desencadenaron en Italia, entre Reggio Calabria y Catanzaro o entre L'Aquila y Pescara.

Por cierto que ha surgido una nueva bandera andaluza. No basta con la propugnada por Blas Infante hace más de medio siglo, y que de alguna manera recuerda los colores de los reinos moros

de la región. El diario «Ideal», de Granada, asegura que «desde Madrid» le han mandado una tarjeta con una bandera de Andalucía oriental. Es una enseña con cinco bandas —una especie de «señera» con franjas horizontales blancas y verdes— y un triángulo rojo a la izquierda sobre el que destaca un sol blanco. La tarjeta lleva, además, los cuatro escudos de las provincias orientales: Jaén, Málaga, Granada y Almería, y el mapa de esa porción de la región. Por cierto, que alguien recordando el pasado ha pensado que nuestra «Generalitat» debería llamarse Cabildo Regional Andaluz. Está bien. Es un título adecuado. Y serlo. Porque lo de llamarle «Califato» suena a coña.

El pleito Planeta-Barrios entró en las últimas horas en una pausa de serenidad. Quizá porque el fallo definitivo se halla en manos de la Justicia, que en España fue siempre una institución honorable. En los primeros momentos la polémica adquirió tonos agrios. La Prensa y la radio le hicieron eco, porque Manolo Barrios goza en Sevilla de generales simpatías. Pero, de cualquier forma, de todo este follón no salen muy bien parados los premios literarios. Se denuncia que los entrebastidores de estos certámenes son



algo confuso y poco honesto. Jurados que prometen anticipadamente sus votos, componendas para asegurar el triunfo de «la novela premiada de antemano». En fin, que hay poca seriedad.

Yo particularmente, tengo poca fe en los concursos y en las oposiciones. De estas últimas podría hablar largo y tendido, pero tendría que mezclar el nombre de un pío personaje, que fue Ministro, y que ya no pertenece al mundo de los vivos. Hombre que se proclamaba preocupado por la salvación de las almas y luego presidió, desde su poltrona, el más injusto y colosal fraude en materia de curso-oposición que pueda imaginarse.

En cuanto a lo de los concursos

—y no niego que haya excepciones—, miren ustedes lo que a mí me pasó. Vino a verme en cierta ocasión un escritor de mediocre talante y espíritu resentido, que se había hecho nombrar miembro de un jurado para cierto premio literario. El hombre pensó que en vez de concurrir y llevarse un premio era mejor «pactar» con los posibles concurrentes, a base de ofrecerle su apoyo a cambio de «la mitad». «Preséntate y te garantizo el primer premio. Pero lo repartimos.» Se trataba, para mayor precisión de un certamen organizado por la Embajada de cierto país hispanoamericano. «Mira —le respondí—, vamos a dejarlo. Yo me presento. Y si me dan algo, pues mejor. Pero no me parece bien lo que me propones.» «Tú te lo pierdes.» Concurrí, me llevé un modesto segundo premio, pero no compartí con nadie aquellas cinco mil pesetas de los años cincuenta. El primero, mejor dotado, se lo llevó un desconocido que había publicado un trabajito en una de esas revistas «confidenciales» de no sé qué cofradía o cuerpo facultativo. Naturalmente, el ganador debió compartir con mi amigo las veinte mil pesetas del premio.

Cualquiera que se haya asomado a ese mundo de los premios literarios sabe que aún ocurren cosas peores.

Francisco NARBONA
(Sevilla.)